

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Indra Cano
indrakeremcano@gmail.com

Antes de que azote el norte

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 61, julio-septiembre de 2022, pp. 40-44.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

ANTES DE QUE AZOTE el norte

Indra Cano

Aquí el sol se oculta por mera obligación geológica. El cuerpo es incapaz de olvidar la sensación de abandonar el autobús con aire acondicionado para adentrarse a la estación: es un ataque feroz que a últimas causa risa porque es la certeza de que estamos del otro lado de la frontera de la Cuenca.

Arribamos con el trabajo de llevar la memoria a todas partes.

EVA CASTAÑEDA

La Cuenca siempre ha sido el infierno. Un simulacro de espejismo del Edén con la revelación del azul inmaculado que desciende sobre el monte que lo invade todo. Para allá solo sudor y tierra: los huaraches a tuestas entre el polvo en cada paso que se da; el río Papaloapan apestando las calles, a la par que lucha contra el aroma del agua de piña y coco que venden en cada esquina, el olor a plástico derretido que emana de las chancas imitación *crocs*, de las fundas de celulares y cuanta chuchería traída desde China; a su vez, los puestos

ambulantes de camarón, mojarra y yerbamora terminan por llenar el extremo de la calle. Aquí, un dimanar de vaho que se pega al cuerpo junto con la dichosa cadena de mugre.

Decir Sur es decir calor.

Leo *Los migrantes que no importan*, de Óscar Martínez, y me entero de lo que sucede en la Cuenca, de esa otra realidad que funciona únicamente como una fantasmagoría que arrastra cuerpos, gritos, ausencias, cifras a medias: ahí mismo donde atisban vendedores de platanitos fritos (a los que hay que saberle sus mañas con la cobranza) aparece una fosa, después, el silencio. Los habitantes han aprendido a dar el paso, a detenerse y agachar la cabeza; desarrollaron una ceguera y un mutismo cultural.

No puedo conciliar el sueño, la vista me titubea tanto que decido dejar el libro que escogí para leer en el trayecto. Cuando busco enfocar hacia distintas direcciones, entre parpadeo y parpadeo, diviso cómo la luz trasera del tráiler frente a nuestro autobús alumbra a una gallina de cuello torcido aplastada sobre la carretera; queda de ella una masa de plumas embarrada sobre el pavimento cubierta por el halo naranja de la LED del tráiler. Por fin avanzamos y la moral revive, pues uno sabe que llegando a La Tinaja el camino se achica; solo hay que cruzar el puente Caracol bajo el rumor del río Papaloapan y estaremos cerca.

Aquí el sol se oculta por mera obligación geológica. El cuerpo es incapaz de olvidar la sensación de abandonar el autobús con aire acondicionado para adentrarse a la estación: es un ataque feroz que a últimas causa risa porque es la certeza de que estamos del otro lado de la frontera de la Cuenca.

Llegamos a casa de mi abuela. La mirada de la virgen de Juquila nos persigue desde el recibidor hasta la habitación en la que dejamos las maletas. Un grito desde el patio anuncia que de último momento hay que quitar sábanas del tendadero, porque ya viene la *pica pica*. Es mi abuela. *Ya viene la pica pica*, vuelve a insistir; apenas termino de aventar las maletas en una esquina del cuarto salgo al patio. Nos saludamos entre los metros de tela estampada. No termina por anochecer pero el cielo es de un gris brumoso en el que los árboles revolotean. La *pica pica* comienza su ataque: es una planta de lote baldío a la que el viento le hace perder finos hilos aterciopelados que se instalan a la merced de su destino volátil, aunque tienden a preferir el cuerpo y arribar a las zonas más difíciles de identificar con la mano para rascar y aliviar el picor.

Mientras tanto, mi madre ha aguardado al pie de la estufa velan-



Alianza animal 6 (fragmento)

do por que la leche de un pocillo para café no se tire.

A veces en las comidas familiares retomamos la infancia. En la charla mi abuela, mi madre y sus hermanos (mis tíos) se escabullen en su memoria para proyectarnos con palabras un Veracruz en el que residen idas a la pla-

ya, ríos, juegos en descampados, huesos rotos por escalar árboles o montar caballos, madrugadas de chisme banquetero con las vecinas, y otras imágenes que entre más las pienso, más dislocan de mi propia infancia el estado en el que me crié; en definitiva, soy incapaz de empalmar sus recuerdos con los míos. A punto de resignarme a la pérdida de

ese paraíso y declararlo la Atlantis tropical, descubrí los fragmentos que aún no cicatrizan; meros hitos arrumbados.

En 1990 mis abuelos tomaron la decisión de cruzar esa frontera irrisoria entre Veracruz y Oaxaca. Desde un pueblo, cuya ubicación depende de saber encontrar el justo medio entre Acahucan y Ciudad Victoria, llegaron



Etnografías errantes 4 (fragmento)

a Tuxtepec. Ese primer exilio se debió a las camionetas que, como el hombre del saco, devoraban a todas las niñas de secundaria y a los muchachos de prepa para no verles nunca más.

Como en todas las historias de familia, esta es una historia de pérdidas, una genealogía que se extiende por las grietas. El segundo exilio fue el más doloroso.

La Virgen fue el rancho familiar. Un latifundio del cálido sur con un río que se rompe en dos brazos para proveer a todo aquel que se instale, para brotar entre plátano, limón, naranja, papaya, mango, sandía, lechuga, tomate.

No se sabe cuándo comenzó el espanto. De un momento a otro su Edén los expulsó. La carretera rumbo a Playa Vicente que atra-

vesaba la salida trasera de La Virgen apareció llena de piedras y troncos atravesados; lo siguiente que se sabe es que el autobús en el que viajaba mi abuelo para hacer sus chequeos de la siembra se detiene, todo sucede muy rápido y lo que resulta son pasajeros sin un céntimo y miedo. Esa fue la última razón para abandonar La Virgen.

De un momento a otro, arribaron en la zona ofertas y ofertas hacia mis abuelos para que vendieran el rancho; pero antes de cerrar un trato, el comprador electo se dio a la fuga junto con toda su familia. No se dice el porqué, pero lo sabemos: su rancho contiguo a La Virgen ya se dedicaba a la siembra de *eso*.

La Virgen se condena como un propio Edén. En cada reunión familiar aparece como nostalgia que pellizca. Extrañan la corriente del río que les acompañaba en vacaciones, los días de cosecha, de dormir arrullados por los grillos, la casa que todos ayudaron a construir; pero la carretera rumbo a Playa Vicente la expone a los automóviles. Por eso no podemos ir, no sabemos *qué* pueda haber.

Tercer exilio. De los diez hijos: dos llegaron a Ciudad Juárez, dos a Veracruz, dos al Estado de México, cuatro se quedaron en Oaxaca. De alguna forma todos intentaron [huir]. De alguna forma todos descubrieron que no se puede, no aquí.



Imagino y hago testimoniar a los viejos árboles.

NONA FERNÁNDEZ

Le confesé a Nona que me sentía igual. Le dije que entendía la oscilación entre la porosidad y la nitidez en los recuerdos. En *La dimensión desconocida* leí: “Volví a entrar a esa dimensión oscura, pero esta vez con un farol que había cargado durante años y que me permitía moverme mucho mejor ahí dentro”, lo subrayé dos veces. Le confesé a Nona que claramente no había vivido una dictadura,

pero que entendía los silencios obligados por nuestros padres, los eufemismos, las palabras prohibidas, los cuerpos y sus ausencias, la confusión, entenderlo todo a costa de los susurros de los adultos; el peligro.

Yo recuerdo que tomábamos clases por la tele y mi mamá se quejaba porque nos tocaba muy temprano a los más pequeños, a las 8 a.m. segundo grado de primaria. Todo por el mal tiempo: un par de nubes apenas visibles que se convertían en el pretexto necesario para cancelar clases *en todos los niveles*.

Cuando pudimos volver al salón de clases, entre mis amigos nos susurrábamos *la última letra* y a manera de confesionario coincidíamos en un mismo pecado: nuestros padres nos exigían no comentar con nadie todo aquello que alcanzáramos a escuchar de sus pláticas, porque decían que entre nosotros podría estar el hijo o la hija de alguno de los malos, de los de la última letra. A veces platicábamos con un poco de angustia y asombro que los adultos se decían entre ellos que cambiarían de jefe, que nos cuidáramos porque el ganador era quien cobraba más vidas, como en un videojuego o una película de zombies. Otras veces nos tocaba espantarnos la angustia de las charlas para cuidarnos en el plano físico e inmediato porque corría una amenaza en la zona, porque aparecían cuerpos en la plaza comercial a unas cuadras de la escuela.

No compres nada afuera de la escuela, tú no sabes, pero a esas estampitas les ponen droga para dormirlos y así poder llevárselos, decían. Las mamás, alarmadas, reportaban cada coche desconocido que rondaba por la escuela; incluso –gracias a ellas– se consiguió ahuyentar al hombre que se

paraba en el poste de enfrente a tomarnos fotos. Para llegar a casa pasaba por una bodega de colchones en la que imaginaba los cuerpos de niños robados en lugar de camas. Sospechaba de todos.

En donde comprábamos productos de limpieza a granel, se descubrió que transportaban *mercancía*, porque el cloro o el fabuloso disimulaban el olor. Con razón c., mi amiga cuyos padres eran los dueños de ahí, tenía una iPad para ella sola mientras que a mí me tocaba compartir la mini lap con toda la familia.

Un día en la banqueta de la casa apareció una “s”. Mamá intentó descifrar si se trataba de una “s” de “Soltera” o una “s” de “Sola”. En la primera computadora de la casa busqué en Google las marcas y simbologías delictivas. A partir de ese momento aprendí a leer las casas y las calles.

Un día la vecina llegó para comentar muy quieto que las placas de la camioneta abandonada frente a la casa eran de Tamaulipas; le preocupaba porque las semanas pasaban y ningún dueño aparecía para reclamarla o velar por ella; a mamá también le preocupaba, yo creí que era porque nos estorbaba parte del frente de la cochera.

Un día mi mamá me pidió que me escondiera bajo la cama. Era el mismo día en el que había hecho berrinche en el supermercado por un shampoo con brillitos. El mismo día en el que un sujeto entró a la casa. El mismo día en el que el shampoo con brillitos se convirtió en el “shampoo de la mala suerte”.

Un día el portón de la casa debió estar siempre custodiado por una cadena. Cuando por fin íbamos a dejar esa casa para vivir en un fraccionamiento nuevo construido en la periferia, al parecer la casa y su cadena no nos quisieron dejar ir, porque en la cuadra a la que nos mudaríamos hallaron *casas de seguridad*. Nunca enten-

dí cómo el campo semántico de *seguridad* podía extenderse hasta límites en los que cruza su propia frontera y se convierte en su opuesto.

Un día una camioneta blanca me siguió. Abandoné una mochila. Aprendí a entrar en las tiendas y convertirme en una cliente torpe mirando las Sabritas.



Una guerra siempre cuenta,
como mínimo, dos historias.

MARÍA GAINZA

Dije que quería escuchar el mar. Los adultos manejaron y decidieron que visitaríamos una playa a la que no habían entrado desde hacía décadas. Yo pensé que era una mala idea, que quizás alguien debía intervenir para recordarles que ya no se puede hacer eso: visitar una playa así porque sí, así porque te ganó la nostalgia.

Las llantas primero lucharon contra el barro y el monte cuando intentamos adentrarnos hacia la playa. Yo no quise llevar traje de baño porque no tenía intenciones de nadar, solo quería caminar, escuchar. El mar es uno de esos lugares en los que una quiere que las cosas signifiquen algo. Me dije “una siempre se encuentra en desventaja ante él”.

De regreso, en la carretera leo en algún espectacular del gobierno “Veracruz es el segundo estado más seguro de México. Fuente: Inegi”.



Se trata de hacer con palabras
un sitio para la memoria.

SARA URIBE

Elena Poniatowska, en el prólogo que realiza para *Procesos de la noche*,

menciona que las crónicas ahí compiladas pertenecen a los textos que jamás-debieron-escribirse; también afirma que Diana del Ángel, con todo su conocimiento sobre literatura, debería dedicarse al estudio y deleite de la poesía de Rosario Castellanos o de Octavio Paz. Pero no, Diana del Ángel escribe sobre Ayotzinapa. Diana del Ángel tiene que escribir sobre degollados.

El silencio entra como una
[punzada.

¿Por qué quiero contar lo que otros quieren olvidar?

La penumbra que desaloja a la
[memoria atisba.

Aun con el mundo y su caos, no termina por quebrarse el voto de fe que le entregué a las encrucijadas de la Historia y las grietas de la vida, eternas irresueltas, por las que la ficción logra colarse. De titubeo en titubeo intento no abandonarme a la borradora colectiva. Intento no desgarrar más. Intento no perderme en mi propia memoria.

Duermo al lado de una pila de libros que alberga a Nona Fernández, Diana del Ángel, Sara Uribe, Daniela Rea, Cristina Rivera Garza y Fernanda Melchor; duermo en un espejismo de la Matosa, tengo un pasado en el que la temporada de huracanes no era precisamente un mal tiempo atmosférico, sino mal tiempo político; la luz de la lámpara sobre la mesa de noche me deja leer ¿Cómo reclamarte, Tadeo, si aquí los cuerpos son *solo escombros*?; pienso en eso de *escribir rodeada de muertos*, las necroescrituras y las necronarrativas, la pesadumbre de esas páginas que han hecho casa en mi cuerpo; en los últimos

años me he preguntado ¿qué hacemos después de leerlas?, ¿cómo y dónde las acomodamos?

Alguna vez escuché afirmar, por parte de una profesora, que lo que ha hecho mal la Historia, la literatura lo va a corregir. Me repito: corregir. Contornear el umbral a otra dimensión. Colocar palabra tras palabra para remendar las desgarraduras. Palabra tras palabra para llenar el hueco que ha dejado un cuerpo.

Yo que ahora camino gozosa las calles de la capital pienso que no las piso por azares. Las grietas de los pequeños exilios conducen hasta mí. Lo pensé un diciembre en el que la angustia de mis pasos bajo una de las calles de la ciudad con mayor encanto me llevó al único lugar que hallé con luz donde confirmé haber olvidado todo aquello que mi yo de primaria conocía, hacerse la torpe viendo la vitrina; no pude, el cuerpo me desbordó y me obligó a decir *perdón, pero un hombre me venía siguiendo*.

Hoy la policía cerró la zona más transitada cerca de casa. El revoloteo de helicópteros impera nuevamente en el cielo. La temporada de huracanes nunca se ha marchado. Por un momento, su rugido me confronta para decirme: no se han ido, todavía están aquí. **LPyH**

Indra Cano es estudiante de Lengua y Literatura Hispánicas en la UV. Con este ensayo ganó el segundo lugar del Premio Nacional al Estudiante Universitario 2022, en la categoría ensayo. Obtuvo mención honorífica en el Premio Nacional de Crítica Literaria de la UAA (2021).